

Cierto día vino hácia mí, y me comunicó que en aquel momento iba una negra con dos niños por la calle principal, conducidos por el encargado de las subastas para ser vendidos, y que á él le parecía, que uno de los niños podría satisfacer las condiciones por mí exigidas.

Como en aquel momento me encontraba yo en un traje el menos á propósito para salir á la calle, me propuso Jacob, como hombre práctico, traerme al patio al vendedor con su género, á fin de que pudiera hacer el exámen y tratar del precio. Accedí lleno de curiosidad por la novedad del asunto, y á los pocos minutos se hallaban en mi presencia envuelto en su jaique un grueso moro y con él los individuos objeto de la venta.

La negra, persona robusta y sana, de cerca de treinta años de edad, acababa de llegar de Sús, no entendia ninguna palabra árabe; conducía de la mano á un pequeño precioso, cabeza lanuda, de tres á cuatro años, y llevaba en una bolsa á la espalda una criatura de nueve á doce meses.

El niño mayor casi negro como su madre, tenia el rostro franco é inteligente, se acercó á mí lleno de confianza para jugar con los grandes botones de nácar de mi chaqueta blanca. Al preguntar si podría obtener el niño solo, y cuánto costaria, se me contestó que la familia habia sido sacada á la puja en 64 duros, pero que podia hacer mi oferta; entre tanto no se decidian á vender al niño solo, porque su esclusion perjudicaria al valor total de la familia. No obstante, su valor podría llegar á unos 22 duros.

Durante este trato, la mamá se mantenía muy tranquila y parecia dar muy poco valor á la posibilidad de verme convertido en su dueño y señor.

Como no me era posible hacer la adquisicion de toda la familia, sentí no poder cerrar el trato.

Entre tanto *Jacob*, y obrando de inteligencia con el encargado de la subasta, continuó la pista del negocio trayéndome por la tarde la noticia de que la familia habia sido vendida á un moro de las inmediaciones de Saffi en 78 duros; el cual habia declarado que estaba dispuesto á cedermelo el niño por los 22 duros.

Con motivo de mi proyectado viaje al interior, no me

fue posible en aquel momento desgraciadamente hacer la adquisicion del niño; cuando mas tarde, ya de regreso, toqué con el vapor en Saffi, me faltó tiempo para arreglar este asunto. Así pues, me quedé sin negro y él en su país al lado de su familia.

Debó añadir que en Saffi y en sus cercanías, la costa carece por completo de árboles, pero muy cubierta de una especie de *Zygophyllum*; tambien se encuentran restos de fósiles.

Por todas partes se ve monte bajo y matas de arbustos. Las plantas propias de esta localidad son: *Narcisus Broussouetti* y *Serotina*; tambien se ven al aire libre ó en estado silvestre las alcaparras.

Ademas de una gran cantidad de alacranes, existe una entre las pocas especies de víboras, denominada «*El efah*» (víbora de dos minutos) muy venenosa y peligrosa; es del grueso y de la longitud de un brazo; sin embargo, de poca flexibilidad.

Las fechas históricas del pasado de Saffi, dan testimonio de su antiguo esplendor.

Su origen es oscuro y se empezó á conocer esta poblacion en la época en que los portugueses sentaron pie en la costa africana.

Los moros habitantes de Saffi, eran conocidos por los mas independientes y orgullosos que á veces sacudian el yugo de los sultanes.

Así, pues sucedió, que los primeros intentos de los portugueses para afirmarse aquí, fueron siempre rechazados y solo el hambre obligó á los habitantes en 1507 á hacer entrega de la ciudad.

En 1510, tuvo lugar el ataque combinado de los moros contra Saffi, que se hallaba defendida por el valeroso capitán *Ataide* que rechazó todos los asaltos. La aparicion de una flota portuguesa que aportaba refuerzos á la plaza hizo que el ejército sitiador se disolviese.

Un segundo sitio tuvo la misma suerte.

Después siguió el tiempo del mayor florecimiento de esta poderosa ciudad. El comercio tomó gran desarrollo y contó muchos comerciantes europeos entre sus hijos.



Pero el poder de Portugal entró en la decadencia; una línea tan dilatada era difícil de defenderse, y el gobierno reconoció la necesidad de reunir sus fuerzas en Mazagan y de abandonar á Saffi.

Después de llevar consigo todo lo que era de fácil transporte, después de destruidas todas las fortificaciones y haber puesto fuego á la ciudad, los portugueses llevaron á cabo su retirada.

Hasta 1542 el sultan Muley Mohamed Xequé, no la hizo reedificar y se levantó Saffi sobre los antiguos cimientos de una parte de la ciudad, pero en menor escala. En 1767, se fundó allí el primer consulado francés.

Para completar el órden emprendido, antes de empezar la descripción de nuestro viaje al interior, haremos mención del camino de Saffi hasta Mogador, última ciudad de la costa del imperio marroquí.

La distancia entre las dos ciudades es de 85 kilómetros, y de los dos caminos que las unen, se prefiere siempre el que conduce por la costa.

A los 8 kilómetros de Saffi se encuentra el difícil paso de Yerf el-Yhudi (peña de los judíos) que por el reflujo se hace mas peligroso. Desde lo alto de este punto, la última prolongación de la meseta que viene del interior, se divisa la gran llanura bañada por el importante río Tensift, y mas lejos una alta cadena de montañas cubiertas de bosques. Bajando de la antes mencionada altura y próximas á la orilla, se encuentran las ruinas del antiguo castillo

### ZUIRA KEDIMA,

del cual no han quedado mas que algunos restos de muro y algunas piedras labradas que se descubren entre algunas matas de vegetación espléndida.

Luego viene el río Tensift, que aunque es uno de los mas caudalosos de Marruecos, en su desembocadura, es de los mas escasos de agua; es decir, desde el momento en que sale de la alta montaña y de los poblados bosques, penetrando en la llanura en el sitio en que se levanta el pue-

blo de Ertenana, compuesto de algunas chozas; pero de muy bella campiña.

No lejos del sitio en que el Tensift desagua en el mar, se ve un bello sepulcro santo rodeado de algunas palmeras.

Siguiendo el camino de tierra, se marcha por el llano, pero aproximándose siempre mas hácia la alta montaña; despues de haber pasado el sepulcro santo de Sidi Isaac con la Nzala y 6 kilómetros mas allá el sepulcro la Sidi Abd-Allah, se encuentra á la izquierda la Sierra de Hierro ó Djebel Hedid que se eleva majestuosa y repentinamente hasta una altura de 2,000 pies.

La llanura antes mencionada es la llamada de Aker-mout.

La sierra tiene una longitud de 25 leguas y está poblada de arbustos espinosos.

Coronan la meseta una multitud de sepulcros santos, de los que, ademas de los mencionados, merece ser citado el de «El Masaats.»

En la pendiente meridional está situado el pueblo Ain el-Hadjar á 504 metros de altura al lado de un pequeño río, rodeado de inmensos y espesos rodales de olivos y álamos.

En diferentes sitios de la sierra se ven señales incontestables de haberse hecho antiguamente trabajos de explotación minera: hoy todo yace en completo abandono y deruido.

Tambien se encuentran aquí grandes rodales de un arbusto de olor esquisito, el *Odontospernum odorum*.

Desde aquí, siguiendo la dirección de Mogador pero un poco mas al interior, empieza un dilatado bosque de arganes, que despues de atravesado, se encuentran las elevadas dunas de la mas fina arena.

Siguiendo la orilla del mar encontramos una pequeña bahía y una morra, desde cuya altura se vé con mucha claridad á Mogador á pesar de estar 17 kilómetros de distancia.

A dos kilómetros de esta morra se halla el santuario de Muley Bu-Serekton con unas chozas que le rodean; algo más lejos se encuentra la última nzala, y pasando despues

por las dunas que forman varios cerros inmediatos á la orilla del mar, se penetra en la ciudad de Mogador, cuya descripcion haremos más adelante.

Después de esta digresion, volvamos entre tanto á Saffi donde yo y el gobernador Si-Tibi, teníamos que esperar la contestacion del sultan para el imprescindible permiso de viaje hácia la ciudad de Marruecos.

Por desgracia esta concesion tardó 17 dias, porque como mas tarde pude averiguar, el honorable ministro inglés en Tánger, Sir John-Hay que momentáneamente sustituia al ministro alemán ausente, habia hecho detener mi carta al sultan, escrita á principios de Junio. Luego que supó que yo habia llegado á Saffi, dejó que mi escrito llegase á manos de su íntimo amigo Si-Musa.

Durante este tiempo fui huésped de Si-Tibi que trató de hacer mi permanencia lo mas agradable posible; remito al lector al capítulo II en los detalles de la descripcion de Tánger. Entre otras cosas se promovió en honor mio una legítima fiesta mora á la que asistí en compañía de dos habitantes europeos de la poblacion, y cuya descripcion haré seguidamente á causa de su originalidad.

En la huerta del hijo mayor de Si-Tibi, hombre de unos cincuenta años de edad, que habia sustituido en el gobierno á su padre durante su ausencia, estaban reunidos á la una de la tarde y con una temperatura de treinta y nueve grados Réaumur once hijos de las mujeres legítimas del anciano.

Desde la morada de Si-Tibi en la ciudad, fuimos montados en mulos hácia la puerta N. E. de la parte de tierra; y doblando á la izquierda por un arco de la antigua muralla portuguesa en direccion al mar, pronto penetramos por una especie de portalon en la citada huerta.

Delante del edificio principal de la misma, se hallaba un gran pilon de albañilería en el que se bañaban una porcion de niños negros y mulatos. El pilon recibia el agua de una noria movida por un camello.

A los dos lados del pilon que daban frente á la huerta, bajando unos escalones, seguia una especie de terraza enlosada, cubierta por un cobertizo de madera en el cual es-

taban enredadas unas parras cargadas de racimos, que por desgracia estaban todavía verdes. Estas plantas debían de ser de mucha edad, porque los troncos tenían el grueso de un robusto muslo.

Tomamos posesion de la mayor parte de la terraza, mientras que el resto le ocupaban una orquesta compuesta de ocho individuos, algunos empleados subalternos y la servidumbre.

Desde la terraza hasta la verdadera huerta, había que bajar unos escalones, que como todas las obras eran de albañilería; estaban revestidos de cal y de una blancura deslumbradora: la huerta estaba llena de vegetación espléndida á causa de la abundancia de aguas que les suministraba continuamente el citado pilon.

Además de los ya conocidos naranjos, olivos, higueras y granados, encontramos en ella un respetable plantel de *melongenias*; también había setos de tomates é higos chumbos que no prosperan mas al S. de esta localidad. Las pitas ya no se encuentran en las cercanías de Saffi.

Además de algunas flores insignificantes, no se veían mas que las del geráneo, que aquí se cultivaba en setos y que florecen todo el año.

La terraza estaba alfombrada con tapices sobre los que había delgados colchones cubiertos con blancas sábanas, con cõgines y almohadas.

Como á nuestra llegada, la sombra que refractaba el emparrado, no era suficiente á defendernos de los rayos solares, los individuos jóvenes de la familia, tuvieron que ceder sus jáiques y con ellos formaron una especie de techumbre á modo de tienda, que nos libraba de la accion solar.

Después de haber tenido lugar una especie de presentación, de una salutacion incomprensible, después de besar los, por parte de los invitados, y de los criados, de haberse sentado de un modo mas ó menos cómodo con las piernas cruzadas, dió principio la música.

Es de todo punto imposible dar idea aproximada á un europeo ó hacerle la descripción, de un concierto morisco.



Yo no había oído jamás nada tan monótono, ni ruido tan poco musical, y acompañado de canto, extraño á toda melodía.

Las producciones musicales de los gauchos del S. de América y los conocidos cánticos de los negros, son verdaderas obras de arte comparados con lo que ejecutó esta música morisca, que segun opinion de mi huésped, tenia derecho á la fama de la capilla que dirige el maestro *Bilse*.

Esta música se componia de cinco moros y tres judíos; un violin, dos guitarras, dos quintarros de á dos cuerdas y dos panderetas. Casi todos los músicos cantaban al mismo tiempo.

Las melodías uniformes, que segun mi modo de parecer, se repetian constantemente, variaban de tono, y se reproducian con mas ó menos espresion, segun fuera, por la mañana, por el medio dia, ó por la tarde.

Mi intérprete *Salomon* me afirmó varias veces, que aquellos artistas habian llegado á un alto grado de perfeccion; que él podia juzgar tanto mejor, cuanto que él mismo era músico, y además habia cantado en otros conciertos semejantes.

Despues de esta declaracion rotunda, y saltando por encima de mi mal gusto, ó por espacio de cinco horas no interrumpidas esta música, con una indiferencia heroica.

De en medio de la servidumbre, que se habia retirado á un descansillo junto al pilon, entre calderas de cobre, fuentes, bandejas, teteras de alfenide, tacitas y vasos, chufetas y otros utensilios, salió un soldado del gobernador y presentó ante éste, una vasija de plata que terminaba en una larga punta con pequeños agujeros. Estaba lleno con agua de rosas; que se deja caer gota á gota sobre la mano y con ella se refresca el rostro y la cabeza. La vasija pasa á manos de toda la concurrencia.

Bien pronto aparece un segundo utensilio de cobre, semejante á una gran copa cubierta con pie macizo. La mitad superior está llena de dibujos calados, por entre los cuales sale el espeso humo de maderas olorosas.

Cada uno de los convidados se perfuma con estos humos, y no solamente los aspira, sino que se los introduce en sus ropas, lo cual le es muy fácil por prestarse bien á ello; el traje suelto de los moros.

Despues siguió el imprescindible thé verde, su bebida nacional, que está tan azucarado que cuesta algunos esfuerzos poderlo sorber. Lo que para los europeos tiene de desagradable este thé, es la adición que se le hace con las hojas verdes allí conocidas con el nombre español de «yerba buena.»

Sobre una enorme bandeja de cobre destinada al servicio del thé, se hallaban colocadas tres grandes teteras procedentes de fábricas inglesas, una azucarera con grandes trozos de azúcar de remolacha refinado, un vaso lleno de hojas de yerba-buena, y vasitos cuya capacidad es próximamente la cuarta parte de la de los vasos comunes para agua y una caja cerrada que contiene thé verde.

Despues de haber enjuagado el thé, de echar éste al mismo tiempo que una inmensa cantidad de azúcar en las tres teteras, y sobre esto, el agua hirviendo; se vierte el cocimiento de la primera tetera en la segunda y vice-versa, pasando despues á la tercera. Una vez verificado esto, el confeccionador del thé, cogió un puñadito de yerba-buena introduciéndolo en la tetera número 1.

De esta misma se echó thé hasta la mitad de los vasos, de la tetera número 2, como una cuarta parte, echando el resto de la número 3. Antes de poder continuar admitiendo los obsequios del anfitrión, es preciso que cada invitado tome tres vasos de este caliente brevaje, muy propio á curar el mal de vientre. Los naturales de este país se deleitan visiblemente con este jarabe, y su continuo erutar, da muestras de que se hallan en buena disposición de ánimo.

A esto siguió una larga páusa que traté de hacer llevadera, recurriendo al cigarro: metido entre tres coquinas y con uno sobre las rodillas (para tener un apoyo cuando se incorpora uno al hablar) me dispuse á observar el espectáculo que se ofrecía á mi vista.

Pero Si-Tibi no me dejó mucho tiempo con tranquilidad. Impresionado todavía de todo lo que habia visto en

Alemania y especialmente en Berlin, no terminaba con sus relatos, comparaciones y preguntas. A pesar de que estos iban dirigidos á sus hijos que escuchaban con profunda atencion y que cual verdaderos moros no contraian sus facciones, tenia yo que contestar rectificando ó afirmando, imponiéndome de todo lo que mas le habia llamado la atencion de este anciano.

En primer término estaba la personalidad de nuestro emperador y el recuerdo de aquel terrible é ignominioso atentado que desde el Hotel de Rome presenció la embajada marroquí.

En segunda línea, estaba el conocimiento que hizo en el mismo Hotel, con una dama cuyo nombre «Minna» me repitió mas de cien veces (sobre cuyas circunstancias me preguntaba) y á la que tenia esperanzas de volver á ver en Saffi ocupando el puesto de su cuarta mujer legítima.

Inútil fue obtener mas luz sobre estas incomprensibles relaciones; tuve que dejar para mas tarde la aclaracion de este enigma del cual trato en el capítulo XV.

Lo único que Si-Tibi nos echaba en cara á los alemanes, era la imposibilidad en que se vió en Berlin de proporcionarse la yerba-buena, por cuya causa tuvo que tomar su thé de un modo incompleto.

Durante estos relatos, los individuos de mas edad de la reunion, daban vueltas continuamente á su rosario haciendo pasar las blancas cuentas entre los dedos de la mano izquierda, y por el movimiento de sus labios, se desprendia que estaban enjaretando sus rezos. Esta operacion se lleva en la misma forma que entre los católicos, pero en sentido inverso; pues los mahometanos hacen pasar las cuentas de atrás hácia adelante; al paso que los católicos, ejecutan la manipulacion de delante hácia-atrás.

Entre tanto estos devotos seguian con atencion el curso de la conversacion sonriendo, dando á conocer su opinion, lo que daba lugar á una interrupcion en el movimiento de la mano, pero que despues continuaba con la misma asiduidad.

Cerca de las dos y media, llegó el momento del almuerzo. Apareció un negro llevando una palangana llena de

agua y una tohalla; otro le seguía llevando en la mano una concha con jabón blando.

Cada uno de los asistentes se lavó la mano derecha (nosotros los europeos las dos) para cuya operación se echa el agua sobre la mano hasta tanto que se dice «basta.»

Inmediatamente después, dos criados pusieron delante de Si-Tibi una especie de arnero de madera que tiene dos listones por pies y provisto de una tapadera alta. Este utensilio se asemeja bastante á una sección de colmena, y es también de paja como las colmenas de Alemania.

Los tres europeos, Si-Tibi y su hijo mayor, fuimos llamados y dió principio el banquete: los restantes, entre tanto, eran meros espectadores.

Una vez levantada la tapadera de paja, se veía dentro de la vasija un carnero asado, entero, pero tan pasado de la lumbre, que la carne se separaba del hueso, y como adorno, se apoyaban alrededor del mismo cuatro panes morunos, bajos y morenos. También había un platillo que contenía una masa de gusto incitante, que al probarla tuve que renunciar á ella, pues se componía de comino y sal y tenía el aspecto del afrecho.

Según costumbre del país, el jefe de la familia quebró los panes y distribuyó los trozos entre los comensales, después se procedió á coger la carne con la mano derecha arrancándola con las uñas y á saborearla alternando con el pan.

Como el Corán prohíbe el uso del cuchillo y solo permite el empleo de la mano derecha, el europeo encuentra esta manipulación, no solo muy molesta, sino que le es incomprendible.

El hacer uso de los dedos, es cosa que ya vemos en Europa diariamente; pero tener que desgarrar un carnero con las uñas teniendo un cuchillo en el cinto, parece que con ello se trata de llevar la tontería hasta en último extremo.

Los astutos moros saben de aquí, como en todo lo que les conviene, sacar recursos para ayudarse. Cuando después de haber comido la carne que estaba desprendida de los huesos, les llega el turno á éstos, el vecino sostiene



el hueso, con la mano derecha, porque el uso de la izquierda está prohibido aunque tenga que ejercer funciones de auxiliar, para que el de enfrente consiga su objeto. Naturalmente todos tienen que prestarse mutuamente este servicio; y el resultado es, que en corto tiempo, desapareció la mayor parte de un carnero muy respetable. El resto pasó á poder de los espectadores que dieron fin con él.

Después siguió otra fuente de madera conteniendo el plato nacional llamado «kushus» ó kuskusú, cuya preparación describimos en el capítulo X.

Aquí se repetía la misma manera de comer, cogiendo con los dedos el contenido, que estaba muy suelto. Por medio de un movimiento de rotación con la mano, se forma una bola de la materia blanda que se halla en la fuente y después con otro de impulsión hábilmente ejecutado y casi imperceptible, se arroja á la boca que está para ello convenientemente abierta.

Después de verificado el almuerzo, se repitió la operación del lavatorio; pero esta vez fue con la misma agua de jabón, cogiéndola con el hueco de la mano y lavando la boca tanto interior como exteriormente.

Sucedió una pausa, pues la digestión exigía sus derechos; pero la música y el canto siguieron sin interrupción.

Por mi parte aproveché este tiempo para ocuparme según mi costumbre, con los muchos niños de todos los colores y de todas las edades que vagaban por la huerta, y entre todos ellos me llamó la atención una niña de siete años, bonita, pequeña y de aspecto inteligente, nieta del gobernador, cuya tranquilidad, modestia y serenidad hacían se distinguiera de todos los demás.

Mostróse al principio retraída, pero siguiendo la indicación del abuelo, entabló conversación conmigo por medio del intérprete.

El traje de la niña tiene la particularidad de que el corto gaban que se viste por encima de los anchos pantalones, está ceñido al talle con un cinturón de piel más ó menos adornado, está además sujeto por medio de unos tirantes formados por cordones de seda. Estos tirantes se

unen en la espalda, pasan por encima de los hombros hacia la parte anterior, terminando en forma de borla. Se ven con frecuencia en las niñas pulseras de plata en los brazos y piernas.

Se necesita algun tiempo para acostumbrar la vista al aspecto raro en general de estos niños; la cabeza afeitada da una espression cómica á sus jóvenes rostros.

A los muchachos les dejan en la parte posterior derecha de la cabeza un mechón de pelos que se trenzan formando una coleta; y en las niñas, á ambos lados, cuyas trenzas se unen por medio de lazos de colores.

Fatma, que así se llamaba la niña, emprendió conmigo una conversacion muy tirada, dándome á conocer sus deseos con una seguridad y determinacion, que me hicieron mucha gracia. Como habia oido que yo pensaba hacer un viaje á la ciudad de Marruecos, esperaba ella un nuevo vestido, algunos pañuelos, diversos objetos de adorno y algunos dulces, así, *tout comme chez nous*. A la despedida me reiteró los encargos.

Entre tanto se habia aproximado la noche, se hizo fresca, se volvió á tomar thé, y á éste siguió del mismo modo que por la tarde un nuevo plato nacional llamado Queftéa.

Sobre largos clavos de 10 á 12 pulgadas de longitud se halla colocada una masa de carne de aspecto gris azulado, semejante á las salchichas desprovistas de la tripa. Cogiendo un trozo de esta carne entre los dedos y un pedazo de pan, se desprende el bien sazonado manjar con facilidad, y sin mas preparacion, se procede á consumirla.

Tambien en las calles de la ciudad se encuentran sitios donde se vende este condimento en fogones improvisados.

Al terminar la comida, se repitió la operacion del lavatorio.

Despues que todos los de la reunion dimos una vuelta por lo huerta; vimos con asombro y cierta lástima, el trabajo de cuatro hombres que en la dura peña y con herramientas inútiles, habian hecho una abertura de bastante diámetro en la que se debia encontrar un manantial de agua dulce, segun la profecía de un hombre santo.

Cuando mas adelante se inspeccionó el profundo pozo,

del cual se saca el agua para la huerta y cuya operacion durante el verano cuesta muchos camellos, me consultó mi huésped sobre la posibilidad de la instalacion de una bomba para elevar el agua de esta noria, cuya profundidad es de 160 pies, declarándome con toda seriedad que estaba dispuesto á sacrificar hasta cien duros para ver realizado su modesto deseo.

Por medio de la arenosa orilla del mar, alumbrados por una magnífica luna llena, regresamos á nuestros hogares todos los individuos de la reunion; el fresco de la noche era delicioso, una ligera brisa nos refrescaba y se aspiraba con placer, hasta que de repente nos encontramos en la puerta de la Marina con aquella abominable balsa de agua sucia, haciendo nuestra entrada en la pestilente y ardorosa ciudad con el pañuelo en las narices.

Aproveché mi inaccion forzosa, haciendo varias escursiones en las cercanías; pero aparte de algunos jardines pertenecientes todos al gobernador ó algun individuo de su familia y que se conservan por medio de un riego constante, no hay mas que un solo objeto digno de ser visitado, que es el gigantesco olivo silvestre (acebuche) llamado *Lallah-Goboosha* (olivo de las damas).

Próximamente á hora y media de Saffi en direccion S. E. en un terreno ligeramente ondulado y sobre un suelo pedregoso se encuentra este árbol; es un acebuche, el mas notable producto de la vegetacion que recuerdo haber visto en mi vida. Su tronco, que ha debido sufrir mucho por haberle prendido fuego, podrá tener una altura de ocho á diez pies, está compuesto de varias partes por hallarse rajado de arriba abajo, y esparce las ramas en todas direcciones. Las robustas ramas que por su colosal grosor y peso han buscado apoyo en el suelo, han echado nuevas raices. De nuevo han retoñado éstas, y producido nuevos chupones formando nuevos troncos que abarcan un espacio de 181 pasos. Su follage toca al suelo, de manera que solo por dos puntos se puede penetrar en su interior. La edad de este árbol que conocidamente tiene un crecimiento muy lento, está apreciada en unos mil años.

Durante mi residencia habia rogado con frecuencia á

mi amigo y protector Si-Tibi me permitiese hacer una visita á las prisiones. No solamente estaba yo al tanto de la administracion de justicia que aquí se ejerce, sino que habia oido mucho de aquellos antros donde la maldad, la venganza y el capricho hacen desaparecer sus víctimas, por lo cual estaba muy escitada mi curiosidad.

Como yo esperaba, Si-Tibi habia siempre encontrado motivo para disuadirme de mi idea, y me declaraba siempre de nuevo, que en las prisiones no habia nada que ver.

Como por este medio no podia conseguir mi objeto, y yo insistia cada vez mas, busqué otros recursos.

Al hacer un dia una nueva excursion por el castillo y al disponer se me separasen varios trozos de decorado morisco que adquiria por piezas de cinco pesetas, hice conocimiento con uno de los innumerables hijos del anciano gobernador, que hacia poco tiempo habia llegado del Interior y con quien hacia el negocio antes citado.

*Salomon* me comunicó que este jóven moreno era el inspector de la prision principal. Como él no podia saber todavía nada de la prohibicion por parte de su padre, pude conseguir hacerle plausible el motivo de mi deseo; él accedió y dirigimos nuestros pasos hácia una parte desconocida de la ciudad.

Descendiendo por estrechas y pestilentes calles, llegamos á una aglomeracion tal de galerías tan estrechas, que nos veíamos obligados á marchar uno en pos de otro, y despues de haber pasado casi arrastrando varias veces por aberturas muy bajas, simulando arcos, llegamos á un espacio casi oscuro, en el cual yo no podia permanecer de pie.

Cuando ya la vista se hubo acostumbrado á la oscuridad, pude distinguir á un moro sobre un banco de piedra, que con el sable desenvainado se apoyaba en una abertura de tres pies en cuadro próximamente. A la primera palabra del señor inspector, se levantó, abrió la abertura y dió una voz en el interior de ella.

Algunos segundos despues apareció en la misma el extremo de una escalera de mano muy primitiva por su aspecto, pues estaba compuesta de ramas de árbol sin des-



cortezar y clavadas, siendo este el único medio de comunicación con el interior.

El inspector puso el pie en ella vuelto de espalda y nosotros le seguimos.

Cuando hubimos bajado doce escalones y dado unos cuantos pasos, nos encontramos en un patio subterráneo rodeado por todas partes por un enorme muro, cuya pared posterior parecía formar diversas casas, y su altura era de unos 30 pies por lo menos.

El espacio que teníamos á nuestra vista era un cuadro de 100 pasos de lado, y estaba rodeado de una infinidad de pequeñas aberturas que me recordaron las casillas de los perros, y en las cuales dormían los presos; á uno de los lados de estos agujeros brotaba un arroyo de excremento, cuya parte líquida se estancaba en el patio.

Una multitud de seres miserables medio desnudos y llenos de suciedad se hallaban sentados, echados ó de pie y contemplaban con tranquilo asombro, á los desconocidos intrusos y su trage semi-europeo. Todos ellos estaban mas ó menos sujetos á cadenas. Los unos las arrastraban del pie, cuyo otro extremo pendía de un anillo sujeto á la cintura. Otros arrastraban una pesada bala.

Otros á su vez llevaban un terrible corbatín que habia rozado su cuello, produciéndoles heridas que cubrían con trapos ensangrentados. Estos encadenados pertenecen segun me afirmaron á la clase de presos distinguidos, que á causa de su buen comportamiento se les permite permanecer en el patio.

La mayor parte de estas gentes no trabaja nada; alguno que otro se entretenía en tejer cestos que tienen diversas aplicaciones, y que les dan los medios de amortiguar el hambre.

Como el Estado no les dá nada, sus parientes ó interesados deben cuidarse de su manutención, que consiste generalmente en pan solo, y sin este cuidado, el infeliz se muere de hambre irremisiblemente, lo cual suele suceder con frecuencia.

Sin cuidarme de la inmensa cantidad de insectos que allí habia, di vuelta por todo el patio y procuré mirar en

el interior de aquellos oscuros agujeros; allí ví rostros espantosos con aire quejumbroso, que estaban inclinados por el peso de las cadenas que les sujetaban al muro.

¡Cuánta fisonomía patibularia, pero también que inmensa miseria! Al mismo tiempo, se puede casi asegurar que la mayor parte de estos desgraciados son víctimas de la codicia y de la venganza de sus superiores y que no tendrán salvación de este infierno. Generalmente sucumben víctimas del olvido, muriendo de miseria y de hambre.

Antes de nuestra entrada me había ya comunicado Salomon que una visita á estas prisiones producía generalmente la libertad de uno ó de varios de estos desgraciados, y me advirtió que dirigiera al inspector una súplica á este fin.

Estábamos literalmente rodeados por los presos, que gesticulando vivamente, trataban por medio de palabras y de señas, manifestarme sus necesidades y que por desgracia yo no comprendía.

A una seña mia, Salomon entró en conversacion con ellos, pero nuestro inspector se interponia á cada momento tratando de evitarlo y rechazando con energía á los mas entremetidos. Pero como los demás no hacian caso de esto, sino que mas bien se agolpaban hácia mí y me daban á conocer claramente su deseo, el inspector, á quien parecia molestar el asunto, me suplicó no diese crédito á aquellas gentes. Según él, todos eran asesinos y ladrones indignos de toda compasion.

Entre todos estos desgraciados, uno de ellos llamó particularmente mi atencion.

Jóven, de elegante figura y de inteligente aspecto, no se podia contener, y siempre volvía de nuevo á acercarse á mí, con las manos en actitud suplicante para moverme á compasion.

Inútilmente ensayé, aun contra la voluntad del inspector, por medio de Salomon, venir en conocimiento de quién era y qué habia hecho; á cada momento se me interponia el hijo del gobernador, rechazando al infeliz de una manera brusca, rogándome salir de allí, porque según él, aquel sugeto era muy peligroso.

¿Qué podía yo hacer? Mis repetidos intentos para comunicarme con él, parecían molestar claramente á mi acompañante, y el mismo Salomon me advirtió que debía desistir, porque toda tentativa seria inútil.

Abandoné con el corazón transido de dolor estos antros de miseria y de desesperación; sin haber podido proporcionar la libertad, á uno solo de estos desgraciados. Di gracias á Dios cuando me ví fuera de este asilo del terror y de esta cloaca, respirando de nuevo el aire libre; ¡jamás olvidaré el espectáculo de esta mansion del dolor!

Aquí en Saffi fue donde me reconcilé con el canto unítono, tres veces al día repetido por los vigilantes de las torres de las mezquitas, á pesar de haberlo oido por espacio de tres semanas en Tánger, y que por la mañana especialmente, me pareció una molestia desagradable.

Aquí tuve que confesar en la primera noche que oí el tono y la voz del hombre de la torre que habia llegado por primera vez á comprender la música árabe.

En la continua repetición del mismo motivo, que generalmente es melancólico, hay algo que conmueve. Es una especie de gemido monótono que me invitó á pensar y reflexionar, para poder hallar el sentido exacto y secreto de las siempre iguales palabras que me zumban eternamente en el oído.

El olor insoportable que habia aspirado por espacio de muchos días, así como el uso frecuente de alimentos muy cargados de especias, afectaron mi estómago, así como el del señor *Wentzel*, produciéndonos una especie de disentería, pero sin ningún dolor, que influyó sobre nuestro cuerpo y sobre el espíritu.

El médico francés allí establecido, *Mr. Thevenin*, halló medio de cortarlo por medio de la horchata de arroz y con el uso de la faja húmeda. La faja es recomendable á todo viajero como remedio sencillo, que en mis sucesivos viajes era objeto que producía la hilaridad de mis compañeros cuando procedía á húmedecerla en una fuente, después de haber mitigado mi sed, echando una cantidad de agua entre mi piel y la franela, pero sus efectos eran instantáneos.

### CAPITULO III.

Viaje de Saffi á la ciudad de Marruecos.

#### *Primer dia.*

Mi residencia favorita en Saffi, era el bello y antiguo castillo que por desgracia marchaba hácia su total destrucción.

Todavía en la tarde del 20 de Julio habia yo aspirado en él el fresco ambiente. Se habia hecho ya tarde cuando bajaba lentamente por la pendiente; la silueta del antiguo castillo se dibujaba con claridad sobre el oscuro horizonte, en tanto que la luna, ascendiendo lentamente con su mate y pálida faz, aumentaba las dimensiones del mismo. La ligera brisa de la tarde que del mar venia, conducia al oido el especial ruido de las rompientes del océano Atlántico, y la tranquila ciudad parecia aspirar con delicia el fresco viento de la tarde, despues de haber soportado el molesto calor del dia.

Acababa de entrar en mi habitacion, cuando me fue comunicada la por tanto tiempo esperada noticia de que el sultan habia dado el permiso para mi viaje, y que al dia siguiente debia ser emprendido.

Despues de hallarse en el sitio convenido los camellos, caballos y mulos necesarios, despues de empaquetados y distribuidos los efectos y las vituallas, abandonamos el 21 de Julio la ciudad de Saffi, siguiendo el camino de la ciudad de Marruecos.

Era la una de la tarde. Un sol abrasador refractaba sus rayos sobre el valle en que Saffi está situado. La atmósfera era pesada, no habia ningun movimiento en ella



que mitigase el sofocante calor. Había llegado la hora de la siesta.

A pesar de la agobiante temperatura, nuestra caravana abandonó la ciudad y empezó á trepar por la estrecha y pedregosa vereda que serpenteando conduce á lo alto de la meseta situada detrás de ella. Eramos veinte y ocho personas, de las cuales, unos montaban caballos, y otros mulos de mas seguro paso. Nos acompañaban, caminando á pie y descalzos, cinco habitantes del Sús, envueltos en sus súcias djéllabas y que habian traído desde Marruecos una parte de nuestras acémilas.

Los soldados del sultan y el simpático kaïd el Mir, iban á caballo; montaban verdaderos caballos berberiscos con larga crin. Los restantes montábamos mulas cuyas inapreciables cualidades para estos usos son dignas de todo elogio. Si-Tibi, que montaba una mula blanca de extraordinaria alzada, envuelto en amplio y blanco jaique con un turbante del mismo color, babuchas amarillas y unas grandes gafas azules, era objeto de las atenciones de todos.

Nuestra sociedad constaba de dos grupos, como es fácil de comprender, cada uno tenia su tienda, conducia y vigilaba sus animales, provisiones, forrajes, agua y demás objetos necesarios. El primer grupo de naturales del país, estaba constituido por las trece personas siguientes:

Si-Tibi ben Hima, gobernador; Ab'd Krim, administrador; Mohamed-ben-Hima, secretario y jurisconsulto; Kaïd del-Arbi ben Arbi, gobernador de una tribu de las cercanías de Marruecos y uno de los que mandan de 100 á 1,000 hombres; Em-Kadem (1) Braihim, completamente negro y jefe de mas de 25 hombres; Kadem el Meadani; Kadem Mensor; Kadem Chilali; Kadem Omar.

Estas seis últimas personas eran las destinadas por el sultan para la embajada.

Pertenecian al séquito de Si-Tibi: Si Mohamed Mes-Fiui, que era hijo del gobernador; D' Achman, soldado que hablaba algunas palabras en español; Homar, muy parlanchin y servicial; Si Mohamed Choló, soldado.

(1) Kadem, oficial.

Estas trece personas son las que constituían la embajada que estuvo en Alemania.

Si-Tibi había llevado además algunas gentes para su servicio y para el transporte de los equipajes.

El segundo grupo era el nuestro, compuesto de cristianos, judíos y moros.

Además del señor Wentzel y yo, estaba formado por mi ya citado intérprete, y el criado, y por último, el dueño de nuestras cinco mulas, encargado de alimentar á las caballerías y otros servicios, el cual era un hombre muy útil y agradecido (propiedad rara entre los moros).

Por estas cinco mulas tuve que pagar 25 duros, por el forraje  $7\frac{1}{2}$ ; y por ocho camellos que habían sido enviados de antemano, 22 duros. Si-Tibi había hecho este ajuste tratando de olvidar sin duda las repetidas promesas que anteriormente me habían hecho de ser su huésped, y que todo estaría á mi disposición mientras permaneciese en el país.

Algunos conocidos de Saffi nos acompañaron un corto tiempo, regresando y deseándonos un buen viaje; mientras que trotábamos hácia la alta meseta, cuyo extremo desaparecía entre los oscilantes rayos solares.

A cosa de las cinco de la tarde llegamos á lo alto, después de haber llevado en silencio y por espacio de dos horas un buen paso, por una vereda de piso pedregoso.

La comarca era de aspecto desconsolador; las montañas se dibujaban hácia nuestra derecha en una entonación de color amarillo pálido, sobre el cielo azul. Un viento de levante que nos favorecía mucho, atemperaba el calor. Fuera de las matas de palmito, y de matorral bajo de espinos, algunas miserables ovejas y pequeñas cabras negras y algunas reses vacunas medio muertas de hambre que vagaban alrededor de unas miserables cabañas, era todo lo que se ofrecía á nuestra vista. El suelo, allí donde las piedras lo permitían, estaba labrado, pero una constante sequía lo había agosado todo: no se veía una sola hoja verde que pudiera alegrar la vista. Solo en la proximidad de las viviendas se encontraban algunas higueras y olivos defectuosos, cuyas hojas pendían místicas y macilentas.